

History of New Testament Lexicography

John A.L. LEE

Studies in Biblical Greek 8. New York: Peter Lang, 2003. 414 páginas.

La ímproba tarea de producir diccionarios y léxicos de lenguas clásicas excede, la mayoría de las veces, el lapso de una vida. El diccionario de Liddell-Scott-Jones (LSJ), que puede hoy consultarse cómodamente en Internet desde la fabulosa plataforma digital que ofrece el *Perseus Project*, tomó forma definitiva en 1940. Su primera versión data de 1845. Debemos remontarnos a 1903 para encontrar a Stuart Jones iniciando la revisión de la octava edición del Liddell & Scott (1897). El primer tomo de la novena edición revisada no vio la luz hasta 1925, es decir, quince años más tarde, y casi un siglo después de que un editor de Oxford tuviera la idea de compilar en inglés lo que Franz Passow había realizado en alemán. En nuestra lengua el *Diccionario Griego-Español* (DGE), que dirige Rodríguez Adrados, comenzó a publicarse en 1980 y hoy, después de 25 años, no ha llegado más allá de la letra *epsilon*.

Los aproximadamente 5.000 términos que forman parte de la lexicografía del Nuevo Testamento encuentran su lugar y explicación en lexicones de consulta obligada para los estudiosos, como el *Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (BDAG) de Frederick W. Danker —cuya última edición data del 2000—, basado en

el *Griechisch-deutsches Wörterbuch zu den Schriften des Neuen Testaments und der frühchristlichen Literatur* de Walter Bauer.

El trabajo de John A. L. Lee consiste en una concienzuda investigación sobre las deficiencias de estos voluminosos artefactos, en especial debido a que los nuevos autores no han testado las acepciones que los anteriores han incorporado al canon. En este sentido, el libro de Lee no se trata tan sólo de una historia de la lexicografía como se espera a partir del título, sino que enfrenta además el análisis del tratamiento de una docena de términos novotestamentarios.

Completa el análisis de los casos un listado exhaustivo de los lexicones en latín y lenguas romances. La producción en castellano e italiano también ha sido relevada y citada en el índice (DGE 367-68 y Montanari 368) y es frecuentemente utilizada para el análisis (217, 233, 270, etc), lo cual redundaría en interés de los estudiosos en lenguas romances.

La deficiencia mayor en que incurren los voluminosos diccionarios sobre el Nuevo Testamento —y, me atrevería a decir, los lexicones de cualquier especie— es que los significados básicos de un término se repiten de diccionario en diccionario sin la

corroboración co-textual que corresponde para cada caso. Un ejemplo es la palabra *akroatérion* que aparece en *Hechos* 25, 23. Los lexicones mencionan el equivalente en latín *auditorium*, en todos los casos y antes de dar el significado en inglés, alemán, o la lengua que corresponda. En efecto, en el siglo I en muchas ocasiones *akroatérion* debe entenderse como ‘auditorio’, como sucede con Filón (*De Congressu* 64), donde se menciona en plural junto a la palabra “teatros”: ambos se llenan —afirma el sabio alejandrino— para escuchar a filósofos que hablan de la virtud aunque mucho no se les preste atención. Otro parece el significado en el contexto de *Hechos* 25, 23 donde Pablo se defiende ante Agripa y Berenice rodeados de los tribunos y otros hombres importantes. En apariencia allí se desarrolla un procedimiento judicial. Una búsqueda en el TLG CD ROM muestra la ocurrencia de 80 registros del término *akroatérion* en textos griegos de diversas épocas, hasta el siglo VI y más tarde aún. En la mayoría de los casos designa una sala de conferencias o, en general, un espacio muy amplio donde la gente se reúne para escuchar a alguien. Una de las referencias alude a que puede tratarse de un lugar en conexión con el *gimnasyon*, posiblemente un sitio en el que escuchaban conferencias los efebos que en él hacían ejercicios físicos. Los ejemplos que Lee propone alejan la palabra *akroatérion* de su supuesto equivalente latino

auditorium, que no tiene similitud, por otra parte, con la sala en que Pablo es interpelado en *Hechos*. La identificación entre la palabra griega y la latina ha recorrido un largo camino: desde el *Lexicón* de Wilke (1841) hasta el *Greek-English Lexicon* de Louw-Nida (1988), sin atender la mayoría de los lexicógrafos al rigor de las variaciones co-textuales.

¿Cuál es el trabajo que un lexicógrafo debe hacer? Indudablemente, especificar el significado de determinadas palabras. Parece una verdad de Perogrullo, pero la tarea se ha mostrado sumamente compleja. Si consultamos un glosario en la misma lengua, el autor ofrece el equivalente de un vocablo con el término más parecido que encuentra en el acervo, dado que la sinonimia absoluta es imposible. Es el método que utilizó Hesiquio de Alejandría en el siglo V, quien dejó un invaluable arsenal de terminología griega (51.000 entradas) a las puertas del período bizantino. Cuando el diccionario es bilingüe, el método es similar, así los antiguos glosarios griego-latín, como el de Castronus (1483), ofrecen una traducción directa y simple: *ídios* es *proprius*, por ejemplo. Ese es el punto, justamente: los lexicones bilingües no deben organizarse como simples glosarios, sino según su función de instrumento imprescindible para la traducción.

En los inicios de la historia de la lexicografía, que comenzó posiblemente en el tercer milenio a.

C. con un glosario bilingüe sumero-acadio, la intención fue organizar un inventario de palabras con glosas que explicaran la acepción de un término complejo o difícil para la comprensión del receptor. Siglos más tarde llegaron los diccionarios que pretendieron ser un registro exhaustivo de todas las palabras de una lengua; después aparecieron los que veían la necesidad de agotar los lugares en los que se presenta un término e inventariar las variantes lexicales, esto es, las diferencias terminológicas para los mismos fenómenos (sinonimia), por un lado, y las polisemias en una misma entrada, por otro. El lexicón en sentido estricto, por su parte, procura ser una fuente de autoridades para disciplinas específicas, aunque no puede evitar entradas de lexemas de uso más general. Un problema adicional se presenta reiteradamente, según Lee, en el cruce —un tanto paradójal— de expectativas entre lo que el usuario busca y lo que el lexicógrafo ofrece. Quien utiliza un lexicón necesita develar el significado de una palabra en particular en un texto en especial; para el caso del Nuevo Testamento, por ejemplo, qué significa *authentéo* en 1 *Timoteo* 2, 12. El autor del lexicón incorpora todas las citas posibles y termina ofreciendo una acepción más bien general y funcional para un *corpus* amplio o un conjunto de *corpora*. Y con esto traiciona, de modo inevitable, la expectativa del lector.

El texto de *History of New Testament Lexicography* está

dividido en dos grandes partes. La primera tiene el título general de “Historical Survey” y está ordenada en once capítulos.

La segunda parte se titula “Case Studies” y presenta el tratamiento de doce casos en lengua griega a lo largo de los doce capítulos correspondientes.

Completa el volumen un listado sumario de lexicones sobre el Nuevo Testamento, sigue un listado organizado cronológicamente con todos los datos de los lexicones y una nómina de trabajos no incluidos en ellos. La bibliografía y los índices son completos y constituyen un aporte muy valioso para un área de investigación no muy frecuente,

Las conclusiones al final de la primera parte confirman la tesis que Lee desarrolla con solvencia a lo largo de las páginas de su libro. El significado léxico de las palabras debe constituir el corazón del lexicón. No una mera glosa sino una verdadera definición debe acompañar a cada término. No se trata de dar solamente una traducción equivalente para cada contexto que se cita como diccionario de autoridades. Hay que explicar y aclarar las propiedades semánticas de cada acepción, es decir, incorporar de modo sistemático la característica propia de cualquier diccionario monolingüe: la definición de cada uno de los términos.

En este camino, el diccionario *Greek-English Lexicon of the New Testament Based on Semantic Domains* de Louw-Nida, de 1988, ha

dados los primeros pasos. Constituye una propuesta lexicográfica de relevancia desde el punto de vista lingüístico y semántico, supone un punto de inflexión en los métodos utilizados hasta el momento, puesto que estudia los lexemas agrupados en campos semánticos. Johannes P. Louw y Eugene A. Nida son los primeros en incorporar a la redacción de un lexicon para el Nuevo Testamento los principios básicos de la lingüística actual y atienden a los fundamentos de la semántica estructural cuando realizan la formulación del sistema denominado *semantic domains*. También es una realidad que Louw y

Nida no han hecho más que dar comienzo a un largo itinerario todavía por transitar. John A. L. Lee manifiesta su confianza de que no sea éste un cometido irrealizable: enfrentar la tarea de edición de lexicones con un examen riguroso del contexto en que aparece cada término, para que el lector pueda apreciar cómo se modifica el significado de una palabra según los elementos lingüísticos que rodean cada componente.

Marta Alesso

Instituto de Estudios Clásicos
Universidad Nacional de La Pampa

Rostros de la utopía. La proyección del peronismo en la novela argentina de la década de los 80

María José PUNTE.

Pamplona: Eunsa. Ediciones Universidad de Navarra, S. A., 2002. 228 páginas.

El mérito mayor del libro de María José Punte —una argentina que vive y trabaja en Austria— es haberse atrevido al desafío que significa estudiar el peronismo en la literatura argentina. También, el haber organizado un *corpus* de textos y autores, no necesariamente consagrados por una crítica académica local o internacional. *Rostros de la utopía. La proyección del peronismo en la novela argentina de la década de los 80* evidencia el trabajo sistemático y cuidadoso de una investigadora de la literatura. Punte parte de la definición de Nicholas Shumway de

“ficción orientadora” —una matriz ideológico-discursiva, una mitología de la exclusión antes que de la unificación— para definir el peronismo como una de esas ficciones orientadoras que explica su persistente vigencia (“el peronismo vino para quedarse”) en la imaginación nacional argentina.

Después de pasar revista a los principales estudios sobre el peronismo en la literatura argentina —Ernesto Goldar (1976), Antonio Borello (1981) y Andrés Avellaneda (1983)—, Punte establece su marco conceptual para reubicar el peronismo en su nueva situación